

El síntoma, cualquier conversación, hace propaganda

www.descartes.org.ar

1. Para decirlo con palabras de Jacques-Alain Miller, mucho de lo *supuesto* en Freud está *expuesto* en Lacan. Eso es algo complejo y conduce a un problema lógico que Bertrand Russell expone así: no se puede decir que un fenómeno, después de su análisis, sea otro diferente del que era; pero tampoco puede decirse que siga siendo el mismo. El psicoanálisis de Freud, después de Jacques Lacan, es el mismo en tanto que diferente y es diferente en tanto se propone como siendo el mismo. Topología, de nuevo: la banda de Moebius entre dos nombres propios.

El campo freudiano es “lacaniano” en el sentido expuesto antes y asistimos por eso a la paradoja de que la institución fundada por Sigmund Freud se resista —cada vez menos, en algunos países— a los efectos de retorno de su fundador.

En la Argentina, por su parte, tuvimos un *desplazamiento de fuerza* que lleva el nombre de Oscar Masotta (1930/1979) y que se extendió a diversos países de habla castellana —y hasta de otras lenguas— por la dispersión impuesta por la dictadura militar (Oscar Masotta se exilió a fines de 1974 y muchos de sus discípulos lo siguieron a partir de 1976). Los años de la

* Germán García aceptó la invitación a participar en el libro manifestando su preferencia por hacerlo en forma escrita. El texto fue organizado tomando como eje las tres preguntas propuestas.

dictadura militar “congelan” la situación para todos, menos para unos que se apropiaron de la escuela que Oscar Masotta fundó (esa escuela lleva el mismo nombre que Masotta le pusiera, a pesar de que Masotta murió diciendo “no se quedarán con el nombre de la escuela”). La situación militar —y digo situación porque sus efectos iban más allá de su política— facilitó la creación de un nuevo polo castellano: Jacques Lacan viaja a Caracas en 1980.

En la actualidad, después del desplazamiento global de fuerzas dentro del psicoanálisis, asistimos a un segundo momento: la formalización de las enseñanzas y la tendencia a la autoevaluación, a las garantías de formación que cada una de esas enseñanzas supone, propone, expone. Después de la fuerza instituyente de los más uno y sus seguidores, aparece el problema de la institución. En ese sentido Oscar Masotta fue un adelantado: fundó una escuela con sus garantías en 1974, mientras los demás estaban en cualquier cosa.

Ahora, cuando al fin se puede mirar lo recorrido desde 1959 —¡más de treinta años!—, cuando Masotta escribió por primera vez sobre Jacques Lacan, los obstáculos y las perspectivas son diferentes.

La Argentina no es ya la interlocutora castellana del psicoanálisis francés —por suerte—. Muchos países castellanos están en el “lacanismo”. Además, los exilios dieron una visión nueva del problema, la idealización es menor. Por otra parte, el contacto de enseñanza, y en algunos casos analítico, con los discípulos de Jacques Lacan fue la transmisión de una experiencia y es un proyecto más amplio que aquel que podía suponerse hace algunos años.

Sin ir más lejos, llevado por la red de este campo vectorial me encontré dando clases en la Universidad de Nueva York, en diversas ciudades de España, en diversos países de Latinoamérica. También traducido a otros idiomas, invitado a ciudades del interior, asesorando grupos de trabajo, supervisando en hospitales. ¿Por qué, después de todo?

Me parece, entonces, que las cosas cambiaron mucho. El psicoanálisis de Freud dejó Europa por los nazis, Jacques Lacan lo hizo retornar a Francia, sus discípulos lo expanden de nuevo por Europa.

Por otra parte, nuestro psicoanálisis estaba bajo la égida de los ingleses, en mano de los médicos. Ahora es una nebulosa donde todo se mezcla, de ahí se hará —es posible— más de un jardín a la francesa. De cualquier manera aquello que empezó

como “el inconsciente freudiano y el psicoanálisis francés contemporáneo” es ahora más preciso: está el inconsciente freudiano y el nuestro y por otra parte existen franceses y franceses. *Descartes*, por una cuestión de método, es el nombre de nuestra revista. Biblioteca *Internacional de Psicoanálisis (BIP)* para no olvidar que Freud no nació en la Boca, que Lacan nunca estuvo en el Barrio Norte.

La IPA de Freud generó sin saberlo la “escuela” de Lacan, ésa donde las *garantías* y después el *pase* plantean formular de nuevo la organización de los analistas. Ahora se escucha decir permutación, cartel, grados y jerarquías, etc. La lógica de la escuela es un análisis del grupo, pero sin olvidar que el grupo *real* está en el núcleo irreductible de la “escuela”. No es tan fácil sacarse de encima a la psicología de masas, no basta decir separación del “ideal” y del “objeto”. La “escuela” es para Lacan el mejor de los mundos y el peor de los mundos: interesa a los que se interesan por la dialéctica, escandaliza a los constructores de sistemas.

El *pase*, cuestión de analizantes antes que de analistas, subvierte el modo conocido de organización. Entre nosotros, por el momento, es algo que está en un horizonte deshabitado. ¿Por qué la escuela y no más bien la nada? es una paráfrasis para analistas que, como dijo alguna vez Lacan, han despertado a la existencia.

Hace algunos años publiqué en España un librito llamado *Psicoanálisis, dicho de otra manera* donde concluía “una vez revelado el hipnotizador...”. Es un aviso, no digo la conclusión. Pero si dirijo una revista llamada *El murciélago* es porque Jacques Lacan se valió de una fábula de Lafontaine para burlarse de la “postura de inasible” de algunos analistas. Nada inasible, entonces. Y nada inefable. El psicoanálisis se hace, el psicoanálisis se dice.

2. “La dirección de la cura y los principios de su poder” es un artículo que forma parte de los *Escritos* de Jacques Lacan. El poder del que habla allí es el de la palabra, poder que diferencia del “ejercicio de poder” dictado por la impotencia. Es en este texto, como enfatizó Jacques-Alain Miller, donde Lacan habla de una *táctica de interpretación*, una *estrategia de la transferencia* y una *política del deseo*. El poder, la táctica, la estrategia, la política. Palabras poco frecuentes entre los cultores de lo que se llama sin ironía el “campo psi”.

Es evidente que la tradición militar ha dejado en las cabezas argentinas una desconfianza por la "política". ¡No me interesa la política! —exclama el lector (*sic*) del capítulo siete de la *Interpretación de los sueños*, al quinto año de su sexto grupo de estudio. Juntar política con deseo, eso es interesante. No se trata, entonces, de la política del analista sino de la del síntoma. ¿Decir que no hay Bien es otra cosa que decir que se trata de los "bienes" sacrificados/salvados en el particular juego de fuerzas descripto por la segunda tónica de Freud?

Porque hablar de cura es suponer la enfermedad. Es decir la neurosis de la mayoría de los casos.

Decir que la cura es dirigida por la palabra es poco sin explicitar que el síntoma es un hecho de lenguaje, que el síntoma —como decía Lenin de cualquier conversación— hace propaganda. ¿Qué banderas levanta? El destino de la obsesión, la suerte insatisfecha de la histeria. El destino, lo necesario, la duda, lo imposible —de un lado—. Y por qué no juntar del otro lado la contingencia, el encuentro, la certeza, la insatisfacción.

La propaganda del síntoma escamotea la política del deseo —aliado al síntoma por el lenguaje, a distancia del síntoma y su goce— que lleva al sujeto a ese punto donde *res* —decía Lacan— es *rien* (la cosa es nada). En el sexto encuentro del Campo Freudiano que se realizó en París (julio de 1990), Jacques-Alain Miller esperaba una renovación de la "estrategia de transferencia" de una acentuación mayor de la función del *objeto que es nada*. La nada nada es y no es la nada —decía Macedonio Fernández—.

La represión es un no querer saber vectorizado por el saber, de manera que la táctica de la interpretación—subordinada a la estrategia de la transferencia— pone en movimiento una *dirección*: del goce supuesto al saber expuesto, de la cosa que amenaza, al deseo de existir fuera del limbo de la neurosis. La disolución del síntoma implica que su propaganda del sufrimiento como pago de unos bienes de goce desconocidos será desbaratada por un saber efectivo del deseo (no hablo de satisfacción, pero tampoco de la insatisfacción de la propaganda histórica). De esos hay varios. El deseo imposible de la obsesión, el deseo insatisfecho de la histeria, el deseo decisivo del que salda su deuda con la muerte y se desprende de la mortificación del lenguaje. A la inversa que en un taller literario y que en cualquier psicoterapia, en el análisis se aprende a callar.

Sin misterios, dirigir la cura es mantener un dispositivo de aso-

ciación libre en tanto la *metonimia* cerca el deseo y la *metáfora* es resonancia del objeto nada que lo causa. Parafraseando un dicho francés citado por Freud: Uno lo trata, el deseo lo cura.

Es mucho lo que puede decirse sobre el tema, pero eso se reduce a pocas palabras: no hay más causa final que el deseo.

3. Palabras como "saber" y también "invención" y "final" producen ensueños de iniciación. *Al final se inventa un saber*. Una frase así, en la oreja de un neurótico, hace vibrar la lira de sus ensueños más infantiles.

En Jacques Lacan se pone entre paréntesis la noción de Bien en tanto universal para que la particular articulación del *cogito* (pienso) y del *soll* (debo) se manifiesten en que el *Witz* (chiste, en tanto anudación donde está en juego un tercero) del sujeto encuentre un determinado estilo.

Las salidas son, sin embargo, diversas. Colette Soler, en una intervención realizada en febrero de 1990 en Barcelona, habló de la salida que se relaciona con la belleza (*Antígona*) y donde se identifica el destino con el agujero de la estructura, de la salida relacionada con la verdad (que profetiza sobre la verdad que se transforma en saber sobre la falta) y la salida que implica una apuesta nueva del saber, que supone que puede hacerse matema incluso del agujero de saber. Este deseo de saber, que implica que no hay saber, nada tiene que ver con el amor al saber constituido. Ese amor al saber que funda diversos oscurantismos es un obstáculo.

Un saber que constituye un estilo es deseo en tanto falta, en tanto implica que *res* es *rien*. L.F. Céline hablaba de sus puntos suspensivos como de los rieles del metro (el metro es a la vez el subterráneo y la medida poética) y decía que mediante los mismos podía cambiar de carri!

Los puntos suspensivos, en tanto momento silencioso de la pulsión, están en el lugar donde el sujeto ya no se sostiene en el fantasma.

Como decía Eric Laurent, no habla de la "sorpresa" en análisis, pero no hay que olvidar el "suspenso". Sin el suspenso es poco lo que se pone en juego del fantasma masoquista. ¿Qué saber? Saber de donde viene la palabra —es decir, que el sujeto no es el agente de lo que dice y que piensa con su objeto—. Saber desear el saber, en vez de amarlo. Saber ignorar... lo que sabe. Saber no hablar ni demasiado pronto, ni demasiado tarde. Saber, también, como dice Jacques Lacan en USA: "Un análisis

no tiene que ser llevado demasiado lejos. Cuando el sujeto piensa que es feliz en la vida, ya es bastante”.

Otra cosa es hacer un analista, puesto que ahí se introduce la pregunta sobre un final de análisis más allá de la terapéutica. Pero hay que subrayar que existe la terapéutica. En la obsesión se cura el pensamiento mediante la palabra, en la histeria se rectifica la posición del sujeto mediante una anudación diferente entre el campo, la palabra y el deseo.

Y en cuanto a la fobia, la encontramos en las vacilaciones del perverso como animación de un deseo que se quedó sin voz frente a la diferencia. En fin, saberes no faltan y tampoco sobran.

En resumen, Jacques Lacan introdujo la noción de sujeto y explicitó las coordenadas del *campo freudiano* en función de su conexión y diferencia con el sujeto de la ciencia.

La dirección de la cura rectifica la posición del sujeto en la “realidad” porque opera entre el síntoma y el fantasma, conduciendo a la ausencia de causa final, al deseo en tanto causado en última instancia por un *objeto nada* (que no es una nada de objeto) situado en el lugar de la ausencia de correlato entre los sexos.

Los saberes del sujeto se ordenan de otra manera a medida que llega la certeza de Francisco Sánchez: *Que nada... se sabe*.

¿“Cuántas son las cosas que se pueden conocer? Tal vez infinitas...” ¿No es lo que enseña Freud con el ombligo de su *Interpretación de los sueños*? No hay *Bedeutung* (sentido, significación, interpretación, referente, etc.) que pueda recubrir el sexo. La diferencia de los sexos está sostenida por la *Bedeutung* de algo fatal, algo que no puede reconocerse, que resulta desconocido, que se resume y nombra en el falo. Pero para un analista no se trata de dar nombres, sino de hacer hablar la cosa. Nombrar la cosa es propiciar la identificación, es generalizar la miseria de lo que existe evitando lo que es del orden del *aser* (*de-setre*, acto).

Septiembre de 1990